

este viaje ha sido para mí definitivo. Para Colombia corté el envío de obras, pues quiero ausentarme de verdad por el mayor tiempo posible, creo que lo bien que me iba allí, a la larga podía serme nocivo”—, es invitado a realizar una serie de cuadros que adornarán un comedor en el Palacio de Nariño, en Bogotá. La obra, de grandes dimensiones: ocho paneles que en total miden quince metros de largo por dos metros con ochenta de alto, son cuatro diferentes paisajes colombianos: los Andes, el Atlántico, el Pacífico y la Amazonia.

El pintor, ya célebre por el éxito comercial de su obra en Colombia y por algún premio recibido en Europa, se lanza. El resultado final es la repetición del mismo tema, hecho en la misma forma. Otra vez los colores “tutti frutti” del atardecer tropical, sus cielos diagonales sobre las montañas de los Andes y los árboles que ya había ensayado en sus selvas de principios de los años ochenta. Fuera del interés descriptivo que pueden tener estos cuadros como alusión a la geografía del variado paisaje de Colombia, no hay otra forma de verlos en el contexto de la pintura del siglo XX.

Barrera pasará a la historia como un Monet pobre, sin haber llegado nunca a tener el interés por la luz que tuvo el gran artista francés.

El éxito de los pintores generalmente tiene muy poco que ver con la calidad de su obra. Las reputaciones se hacen y se deshacen sin que se sepa siquiera por qué. El caso de Antonio Barrera es incomprensible.

Este libro monótono, más por el pintor que por otro motivo, deja testimonio de la debilidad, de quienes en él participan, por una obra dulzarrona y mala: los cuadros de Antonio Barrera.

La calidad editorial es cada vez mejor en Colombia. Los libros sobre colombianos, hechos por colombianos e impresos en Colombia tienen mercado internacional. Esto, pensando en que no es excusa la calidad editorial para hablar bien de un libro cuyo tema lo vuelve malo. Es grato ver que nuestros editores aprendieron y pasaron la barrera de la calidad, lo que les permite libertad absoluta y un campo infinito para realizar buenos libros. Con la técnica en las manos, los temas por imprimir, para referirme sólo al caso de las artes

plásticas (libros en color, de gran formato), hay para rato, como se dice.

Es una lástima que, al costo que implica y con el trabajo que supone hacer este tipo de libros, no haya más criterio para la divulgación de nuestros pintores. La lista de buenos artistas no publicados, o mal impresos (durante la época escolar de nuestros editores), deja aburrido al lector que se acerca a este libro pensando en encontrar uno de ellos.

JUAN SIERRA

Sello de calidad

Darío Morales

Textos: Eduardo Serrano, Fabio Giraldo, John Stringer

Fotografía: Bruno Jarret

El Sello Editorial, Santafé de Bogotá, 1993, 256 págs.

En el esquema requerido para que un libro de arte cumpla su función, es indispensable el riguroso proceso técnico que lo haga conductor de un lenguaje propio. El diseño, en función de la obra presentada—sobre todo en el caso de un libro que, como éste, muestra la obra de un artista la mayor parte de cuya vida giró alrededor de un solo tema, el desnudo femenino—, la impresión, el trabajo elaborado de la separación de colores para que cada plancha impresa conserve, fiel a la obra original, su color y los mismos tonos, la sobriedad que se hace imprescindible para que el protagonista del libro sea la obra del artista, la selección de personas para la elaboración de textos, labor de críticos y estudiosos del arte, la información técnica, ordenada en una cronología, y las fotos del artista, recreando su ámbito, la atmósfera de su trabajo.

Darío Morales decía: “Si intento interpretar la vida es para dominarla y poder extraer de ella lo que más deseo. Al hacer un desnudo, lo que quiero realmente es acariciarlo, jugar con sus formas, poseerlo”. Tal era su condición frente al cuadro. Y cada una de las obras reproducidas en este libro de El Sello Editorial,

óleos, dibujos y esculturas, son un fiel testimonio de esto. Además, el hecho de reunir cronológicamente sus pinturas y esculturas como resumen de veintiocho años de trabajo, desde su primera exposición en 1960, hasta su muerte, en 1988, le dan a este libro el carácter de imprescindible dentro de la bibliografía del arte contemporáneo en Colombia, por la importancia que adquirió la obra del pintor cartagenero durante su vida y que día a día, gracias a la divulgación de galerías, museos y libros como éste, crece, no sólo en nuestro país sino en el exterior.



La labor de El Sello en el campo del arte contemporáneo y precolombino, con libros como el del Museo del Oro, se extiende con magníficos ejemplares de impecable factura, hechos por profesionales de la industria editorial e impresos en Colombia. Sus obras buscan entrar con precios accesibles al mercado, son los libros de gran formato (*coffee table books*) menos costosos en las librerías, y su calidad es la misma que la de libros italianos, alemanes, o colombianos impresos en el exterior.

El criterio con que esta industria editorial imprime, parte, en la modesta opinión de este reseñista, de una necesidad vital para cubrir la información que suple el olvido en nuestro esfuerzo por la memoria.

JUAN SIERRA